



## Experiencia de Vida TALAMANCA: Misión infinita

*Joice Dahianna Ruiz S.*  
Estudiante Administración  
de Empresas

Una experiencia de vida es contemplar los árboles majestuosos cubriéndote como una manta de abrazos, es sentir el barro bajo los pies, es experimentar lo cotidiano atrás y delante, la aventura de lo desconocido en el follaje. Diez días en medio de algo nuevo, en medio de aquello que la Tierra madre siempre ha conocido, Talamanca. Un nombre, una simple palabra que implica sorpresa.

Toda mi vida me he sentido atrapada, con una extraña sensación de querer huir de lo rutinario, de la tecnología arrojándonos a diario y envolviéndonos en una maraña de irrealidad, en la cual nos encontramos creyendo que, aquello es nuestra verdadera circunstancia de existencia. Siempre tuve la inquietud de cruzar más allá de las fronteras de la irrealidad y conocer esos escenarios que aun no conozco y que de alguna forma vagamente extraña me llaman a ir detrás de ella.

Vesta no me pareció un lugar tan sorprendente: una escuela, una pulpería y casas tan cercanas que parecerían todas formar parte de una sola casa gigante, la cual de pronto y sin quererlo o no, lo convertía en pueblo. Todo estaba normal, hasta el tercer día cuando comenzaron las lluvias y las inundaciones amenazaban con cerrarnos las puertas. Nuestra misión, pensamos sería un fracaso.

Aun recuerdo ese día, nosotros allí aburridos, queriendo empezar nuestra travesía, ávidos de visitar el pueblo, sus puertas y la gente, mientras la lluvia, como una verja de agua y nubes grises nos impedía el paso. Pero en cambio nos divertíamos haciendo actividades de relleno. Una indígena Cabécar llamó nuestra atención, caminó 4 horas de distancia hasta Vesta, bajo la lluvia, en un estado delicado, casi en labor de parto. Varias mujeres la cuidaban. Varios buscábamos celulares con señal, sin resultado alguno. Sin embargo, el dueño de una pulpería a unos cuantos metros nos prestó uno y nos advirtió que si mencionábamos el origen de la mujer, los miembros de rescate no llegarían. Al prin-

cipio los rescatistas no querían venir a causa de las inundaciones, preferían no arriesgar a sus paramédicos, después de tantos ruegos, accedieron. Entonces, uno de nuestros compañeros nos contó que, ella con dolores de parto al llegar al río cruzó en un caballo con el agua hasta la cintura y que esperaron al otro lado y luego se la llevaron. Para tres horas más tarde tener al bebé.

Subir por las montañas de Talamanca para llegar por primera vez a Bajo Jabuy fue una experiencia increíble: el cansancio, el calor, la solidaridad de los indígenas, el aprecio de esa visita nos obligaba a olvidar la lluvia y simplemente instalarnos allí en una capilla de madera y hacer la celebración. Ahí me di cuenta que en muchas ocasiones no estamos preparados para lo que se nos pone en frente y esa fue mi ocasión. Terminada la celebración un bebé de unos cuantos meses comenzó a convulsionar, tenía fiebre y sus ojos estaban en blanco, no supe qué hacer, sólo miraba al niño, una de mis compañeras, Doña Irlanda, agarró al bebé con seguridad, untó alcohol con ajo en ciertas áreas del cuer-



po con rapidez, esperó que se calmara, luego lo entregó a su madre. Aseguró que era un ataque de parásitos. Al untar esa mezcla en áreas específicas del cuerpo hacía que se concentraran en un sólo lugar, y así evitar que ahogaran al bebé. Nos contaron que el bebé se puso más enfermo en la noche y tuvieron que bajar la montaña sin luz para llegar a la clínica, lo bueno de aquello fue que el bebé sobrevivió.

Durante los siguientes días en aquella comunidad marginada nos dedicamos a realizar visitas a casas, cada una estaba a distancias mínimas de una hora, subiendo y bajando montaña para caminar por los barriales. Observamos que las casas eran sencillas, no puedo dejar de admitir que algunas eran bellas, en cambio otras tan incómodas y en tan pésimas condiciones que albergaban a más de 5 personas. No tenían servicios sanitarios ni baños, eso era lo de menos para ellos, cualquier rincón o río era bueno. En mi estadía en la montaña noté varios detalles; los indígenas no celebran el matrimonio, sólo se juntan, en esta tradición, contrario al hombre proveedor del hogar, la mujer puede ser menor de edad, muchas de ellas eran calladas y tímidas, no opinaban, sólo el marido lo hacía. No muchos hablan español o al menos no lo entienden en su totalidad y les era grato entre carcajadas oírnos tartamudear un poco



de Cabécar. La convivencia que tuvimos con ellos es para recordar, ellos aprendieron de nosotros y nosotros aprendimos de ellos.

Convivir con los indígenas Cabécar me produjo respeto hacia sus creencias. Sobre el enorme miedo hacia los muertos, razón que motiva sepultar a sus parientes en zonas alejadas a sus casas, para evitar espíritus vagando por sus viviendas, así que si tienen la mínima sospecha de espíritus cerca, marcan las paredes con achiote, para evitar su contacto.

El Tigre de agua, provoca temores entre los indígenas, se manifiesta en los ríos, de tal manera que los afluentes crecen de un momento dado y arrastra todo a su paso, muchos indígenas desaparecen por esta causa y a los días siguientes con suerte aparece su cuerpo, sin ropa y quebrado en 5 partes. Muchos han sido los desafortunados.

Uno de tantos días cruzamos la bananera y para salir de ella, el río estaba de por medio, en ese momento las lluvias provocaron el crecimiento de este, dificultando el acceso, tremendo susto me llevé, la corriente estaba muy fuerte y el río por poco nos arrastra, mi compañera Carolina me sujetó con tal fuerza y logramos salir de allí. Al otro lado nos recibió una niña de 10 años diciendo: ¡Débiles.

Nosotros los susodichos seres civilizados estamos adaptados en un ambiente, el cual nos hace imposible enfrentarnos a la realidad de otro que no estamos habituados, muchas veces somos débiles de corazón, de cuerpo, de mente, que los problemas más grandes y complicados para uno, son tan sencillos para los demás. Eso lo entendí en la expresión de esa niña.

Estar tan lejos de todo lo accesible, ¿Qué tan fácil puede ser?, nada fácil es. Nos lleva a pensar en la dependencia de la "civilización", nos encontramos bien, por estar de alguna manera protegidos de lo salvaje, ¿Pero ahí dentro de las montañas?, ¿Qué sucede?, ¿Quién los protege?, nadie los protege, sobreviven solos.

No dejé de pensar lo abandonados que están los indígenas por el go-



bierno, cada candidato sube a las montañas y piden el voto, pero luego no se acuerdan nunca más de ellos. No hay caminos accesibles desde cierto pueblo en adelante, el resto son trillos de horas y horas.

Como los admiro, viven el momento, luchan por su comunidad y son gentiles entre sí, respetan las creencias católicas, visten bien para las celebraciones religiosas, a pesar de que caminan horas por barriales. Les gusta aprender y escuchar de la Palabra.

Ahora me pregunto ¿quiénes son los pobres ellos o nosotros? Todo Talamanca es para ellos, de hambre nunca sufren. Se divierten, viven de lo más básico. Y lo más importante, son libres.

En lo personal, siempre he sido muy delicada, creí que quizás no me podía adaptar a ese lugar y eso me aterraba, pero resultó todo lo contrario, acoplo a la perfección.

Estar varios días sin electricidad, sin señal del celular, la mente se despeja, te olvidas de lo externo y sólo está el presente, vivir el presente, detalle que olvidamos en esta sociedad. Me sentí libre. Paz en mi interior, rodeada de las voces de los árboles, música de los grillos y el susurro del río. Pude por primera vez sentir que sí había huido y que estaba en el mundo real, un mundo que no quería dejar, ya que toda la experiencia vivida, era para mí, sólo para mí. Porque al regresar a mi casa, a mi vida, todo iba a estar igual, sin que los demás comprendieran lo que aprendí en mi viaje de misión, lo sencilla que es la vida.